VIII.

PACTO ENTRE DOS ODIOS.

—Escuchad, Frank, escuchad a vuestra vez, prosiguió Estevan; porque de todo es necesario que resulte una certidumbre para nosotros.... Despues continuaréis vuestra relacion.... ¡Oh! no lo dudeis, es el mismo hombre que con doce años de distancia ha llevado el luto a nuestra familia.... No podemos equivocarnos; ademas de ese signo con que le ha señalado en la frente la mano de Dios para designarlo a nuestra venganza, reconozco en él la misma estraña altivez en medio de la frente, el mismo orgullo entre el crímen, el propio audaz valor en el seno de la bajeza.

Yo era niño, y mi cama estaba colocada en un ángulo de ese cuarto de la casa de Raudal en que se acostó vuestra infeliz hermana, en la misma cama en que dormia mi padre la noche de que os he hablado.

Abrióse de pronto la puerta por donde bajásteis al subterráneo, y aparecieron dos hombres enmascarados.

Uno de ellos puso sobre la mesa la luz que llevaba en

la mano, y vino a meterme un pañuelo en la boca, colocándose al mismo tiempo entre la cama de mi padre y yo, para impedirme que viese lo que el otro hacia; pero a pesar de su precaucion pude observarlo todo por entre su brazo y su costado.

El hombre que era mas alto, tenia dos puñales en la mano: se adelantó en seguida hácia la cama de mi padre y le llamó en voz alta por su nombre: mi padre se levantò sobresaltado y al verle en pié a la cabecera de su cama dió un grito.

—¡Silencio, Mac Nab! dijo el hombre enmascarado: ¡soy yo!

—¡O'Breane! murmuró mi padre estremeciéndose, me lo pensaba!.... ¡He jugado mi vida y la he perdido!....

—Todavía no, Mac Nab!.... Sabes que no soy asesino.... ¡Arriba, te digo! ¡traigo dos puñales....

Mi padre se levantó con lentitud: mi temor llegaba a su colmo; pero continuaba observando.

Cuando mi padre estuvo en pié, O'Breane, le alargó un puñal, y tomándolo mi padre se puso en guardia.

El combate fué silencioso y corto, cayendo mi padre a los pocos segundos.

—¡De aquí a una hora ya estaré vengado! murmuró.

O'Breane se habia inclinado para acabar a mi infeliz padre, y al levantarse le cayó la máscara y pude ver su rostro durante un segundo, Frank.... yo ví su frente enrojecida por el ardor de la lucha, y en medio de su frente una cicatriz blanca semejante en todo a la que habeis descrito.

—El muchacho os ha visto, milord, esclamó el hombre que estaba a mi lado.

Al mismo tiempo levantó su puñal sobre mí; pero O' Breane, que se habia puesto su máscara, le arrancó el arma de las manos y se inclinó sobre mi cama.

—¡Pobre niño! murmuró con una voz dulce y compasiva. ¡Bien sabe Dios que no hubiera querido matar a tu padre.....pero se habia atravesado en mi camino.... y es preciso que yo marche....

Abrió entónces la ventana y saltaron ambos al campo.

A mis gritos, acudieron las gentes de la casa, y casi en seguida llegó una partida de soldados de Dumfries, que habia sido llamada por mi padre.

Yo indiqué la puertecilla y la abrieron: detras solo habia el muro de que os he hablado, Perceval; muro macizo sin ninguna abertura y cuya construccion se remonta sin duda á muchos siglos.

—Es estraño, murmurò Frank; y esa circunstancia de que tendré aún que hablar al fin de mi relacion, no es uno de los menores misterios de ese lugar funesto, Estevan.... Pero trataríamos en vano de comprenderlo, y ademas, hay en todo esto alguna cosa de mas estraño aún.... Vuestra historia no se parece tan solo a la mia, Mac Nab, sino que se asemeja tambien a la de lady Ofelia....

—¡Cómo!.... quiso esclamar Estevan.

—El secreto de la condesa de Derby no me pertenece, interrumpió Frank, y no me es permitido hacer uso de él sino en cierto modo y con ciertas personas.... Pero al ménos tengo el derecho de servirme cuando se trata de mí mismo, y esta revelacion, que concuerda con vuestras palabras y con mis recuerdos, ilumina mis dudas hasta el punto de cambiarlas casi en certidumbre.

—Estevan, yo creo saber el nombre del enmascarado que diò muerte a tu padre, y del bandido que deshonró a mi hermana....

—¡Estraña coincidencia! Como si todo debiera ser semejante entre nosotros, él os salvó la vida en la casa de Raudal, y a mí me sucedió lo propio en la capilla.

Acaso me la ha salvado una vez mas que a vos ...

Pero el beneficio es muy ténue para cubrir la ofensa.

—¿No me diréis su nombre? preguntò Estevan.

—Amigo mio, contestó Perceval, os diré su nombre.... Pero escuchad lo que aconteció con mi hermana.

La súbita cólera del gefe produjo un efecto mágico en los fingidos frailes, que retrocedieron aterrados dejando entre ellos y Su Honor un ancho espacio vacío.

Yo le miraba con una sorpresa mezclada de admiracion, no pudiendo ménos de comparar aquel soberbio poder vuelto hàcia el mal, al poder decaido del arcángel traidor a Dios.

Cesaron, pues, los murmullos y los reemplazó un profundo silencio en la capilla.

—Ese jóven, vivirá, dijo Su Honor conteniendo su voz de trueno: ¡yo lo quiero!

Nadie osó responder.

El hermoso semblante del gefe, sin perder su espresion altiva, inflecsible y dominante, se habia calmado de nuevo, sus negras cejas trazaban en su frente, pàlida entónces, una línea firme y pura que demostraba su resolucion.

—Milores y señores, continuó; yo no os detengo.... podeis retiraros.

La asamblea entera se inclinó respetuosamente y en silencio, y un instante despues solo quedaba en la capilla el gefe y un fraile, a quien detuvo con un gesto.

—Doctor, dijo derramando algunos gotas de ópio en los labios de esa jóven que duerme allí, bajo mi toga.... es una hermosa y dulce niña.... merece ser bien queri-

da... y yo querria.... pero es una locura sentir lo pasado, doctor.

El fraile sacó de una cajita que llevaba consigo una redomita y vertió algunas gotas del líquido que contenia en los labios de mi hermana.

—¿Y ese gentlemen? preguntó en seguida.

—Es necesario que ese jóven se duerma tambien, doctor.

—¿Y si rehusa beber?

—Probad.

El doctor, cuya postiza barba era una verdadera máscara, dispuesta para ocultar casi enteramente su rostro, se acercó a mí y desató el pañuelo que me cubria la boca.

Su Honor se paseaba lentamente a lo largo de la mesa.

Yo respiré con fuerza.

—¿Queréis beber? dijo el doctor.

Tomé la redomilla y bebí:

—Quien quiera que seais, esclamé yo en seguida dirigiéndome al gefe, yo os proclamo un infame y un miserable....Admito la vida que me dais, pero es para vengarme.... ¡Oh! no estais tan bien enmascarado que no puedo yo reconoceros....

—¿Lo ois, milord? dijo el doctor.

—Lo oigo, pero los que han querido vengarse de mí estan muertos....

Acercóse entónces a mí y me miró con atencion.

—Tambien yo os reconoceré, murmuró, y si es posible, volveré a salvaros la vida.

Si ese hombre es el que yo creo. Estevan, ha cumplido su promesa, porque el lúnes último tuvo mi vida entre sus manos.

Estevan creyó comprender bien, pero queria convencerse.

—¿El lúnes último? repitió.

Frank señaló su herida.

—El es quien se batió conmigo; murmuró.

—¡Rio Santo! esclamó Mac Nab, ¡casi me lo esperaba! ....pero yo no he visto jamas a ese hombre y no puedo saber.... ¡Oh! ¡es preciso que yo le encuentre! porque no sabeis, Perceval, hasta donde llega la semejanza de nuestra desgracia.... no sabeis hasta qué punto es igual el motivo de nuestro odio.... solo conoceis la identidad de nuestros agravios.... ¡Y bien! el presente tambien nos aprocsima.... este hombre que se coloca entre vos y miss Trevor, es el mismo que me cierra el corazon de Clara....

—¡Será posible!.... interrumpió Frank.

—¡El es a quien ama Clara con esa inconcebible ternura, cuyo orígen es un misterio, como todo lo que rodea a ese hombre!.... ¡él es acaso quien la ha robado!....

Estevan contó aquí los detalles de la escena de Temple-Church, y en la descripcion que hizo del bello desconocido, no pudo desconocer Frank al marques de Rio Santo.

—Sí, dijo Perceval, pasado un momento de silencio, teneis derechos iguales a los mios, y Dios permita que nos podamos vengar juntos....

Y la semejanza que habeis hallado entre el hombre de Temple-Church y el asesino de vuestro padre es una prueba mas, que se une a tantas otras, porque sin concertarnos le hemos reconocido ambos.

Estevan se levantó y se dirigió hácia la puerta.

—¿Dónde vais? le preguntó Frank.

—Voy a batirme con el marques de Rio Santo, contestó el jóven médico, a quien la cólera sacaba de su calma natural; acaso seré mas dichoso que vos, Perceval....

Si no.... tendréis que vengar a un hermano, ademas de vuestra hermana.... ¡Adios!

—¡Esperad! esclamó Frank con tono de reconvencion; ¿queréis aprovecharos de mi herida?.... ¡Ah, Estevan! ....hé aquí la primera vez que os hallo egoista é injusto.

Estevan volvió a la cama y estrechó la mano de Perceval entre las suyas.

—Perdonadme, murmuró; pero como no tengo ninguna noticia de Clara, Frank.

Este tiró a un lado la ropa de la cama, y saltó al suelo con tanta rapidez, que no dió tiempo a Estevan para pensar en evitarlo.

—Ved, amigo mio, que me encuentro ya fuerte, y no os haré esperar mucho tiempo.... ¡Oh! ¡pobre Harriet mia! añadió estendiendo sus manos juntas hàcia el retrato de su hermana; tú estás en el cielo donde se perdona.... pero en la tierra se vengan los ultrages.... ¡Oh! tú amabas el honor, Harriet, y eres escocesa....

Desde el lado del mismo Dios sonreirás al ver el castigo de ese hombre.

—¡Cuán bella era! ¿no es verdad, Estevan? ¿Habeis visto alguna vez tanto candor unido a aquella dulce melancolía que se notaba en su frente virginal, como un presagio de temprana muerte?.... En nuestras montañas se dice, como sabeis, que estas frentes celestiales dan envidia a los ángeles y llaman la muerte....

¡Dios mio, cuánto la he llorado!

Algunas palabras daràn fin a mi triste relacion, MacNab, continuó reprimiendo un dolor violento. El gefe y el que él llamaba el doctor se retiraron, y me quedé solo con Harriet dormida.

Como me habian quitado una parte de mis ligaduras, pude arrastrarme hasta mi hermana y levanté el velo de seda que la cubria.

La infeliz sonreia con ternura y en su sueño pronunciaba el querido nombre de Enrique Dutton.

¡Pobre hermana mia!

Sentéme a su lado y empecé a perder el conocimiento al mismo tiempo en que la dí un beso en la frente.

No podré deciros esactamente las horas que permanecí dormido bajo la influencia del narcótico; pero el camino de Crewe a Dudley Castle es largo, y fué necesario al ménos un dia para atravesar esta distancia por las tortuosas sendas de la Escocia del Sur. Cuando desperté me hallaba a la vista de la quinta de mi madre, al lado de mi hermana y en nuestra silla de posta. Harriet continnaba durmiendo.

La silla estaba parada: caballos y postillon habian desaparecido.

Llegué a la reja del parque y llamé, é hice que mi hermana fuese trasportada a la casa.

Cuando despertó, su primera mirada fué para mí.

—Frank, me dijo, yo me acuerdo.... yo sè.... será preciso que muera.

Desde aquel dia, Estevan, no oí nunca a mi pobre hermana pronunciar una palabra. Consumiase lentamente entre mi madre y yo, asesinada por la idea de su afrenta. A veces, en el buen tiempo, iba a sentarse en el parque bajo una encina, y permanecia allí inmóbil horas enteras. Mi madre la seguia llorando con indecible angustia al ver morir así a la infeliz Harriet.

Cuando llegó el otoño la abandonaron sus fuerzas enteramente; ya no podia ir al parque, porque le faltaba el aliento.

Una noche nos llamó a mi madre y a mí con una señal: nos aprocsimamos a su silla de brazos sentándonos a su lado, y poniendo sus manos sobre las nuestras, la vimos sonreir por la primera vez despues de seis meses.

En seguida levantó hácia el cielo sus grandes ojos azules.

Mi madre se hincó de rodillas y empezó a orar. Estevan, ¡Harriet estaba muerta!

Yo no habia esperado a este momento para instruir a la justicia, pues la mañana siguiente de mi llegada a Dudley-Castle escribí a vuestro tio M. Mac Farlane, como magistrado que era del condado de Dumfries, detallándole toda la parte de nuestra misteriosa aventura, aunque ocultando lo que pudiera sacar a luz la afrenta que habia sufrido el honor del nombre de Perceval.

Vuestro tio, Estevan, me contestó con una carta, que tengo el derecho de llamar evasiva, por no calificarla mas severamente, en la cual me decia no poder abrir un sumario sobre un hecho tan estraño, romancesco, imposible.

Yo insistí de un modo apremiante y perentorio, y el sumario se comenzó y se terminó en la casa de Randal Graham y en la misma habitacion donde se acostó mi hermana. La causa fué sobreseida en las primeras diligencias, porque desde luego se juzgó errónea mi declaracion.

En efecto, la escalera por donde yo decia haber bajado al subterráneo, no ecsistia, y en su lugar solo habia un muro de piedra de una antigüedad incontestable.

En cuanto a los subterráneos, declararon veinte testigos que jamas habian oido hablar de ellos.

—Yo habria hecho lo que esos testigos, Frank, dijo Estevan.

—Os creo, Mac Nab; acaso soy injusto con M. Mac Farlane.... ¡Y sin embargo, esa capilla maldita se halla justamente bajo su casa de campo de Crewe!.... Pero aún no es tiempo para nosotros de aclarar este asunto, pues tenemos otra cosa que hacer en lugar de adivinar enigmas ... ¿Permaneceis firme en vuestro designio de batiros con el marques de Rio Santo?

—No, respondió Estevan.

Frank tuvo un momento de alegría.

—Y en cuanto a mí, preguntó este con viveza, ¿creeis que me hallaré pronto con fuerzas para empezar de nuevo?

—¿Vos, Perceval?.... dijo Estevan friamente; no por cierto, vuestro acero no se cruzará en adelante con el de ese hombre.... La espada es arma, amigo mio, que solo se usa contra un enemigo leal.... Con el marques de Rio Santo es necesario emplear otros medios.... ¿No comprendeis ahora que la diabólica escena representada en vuestra cabecera para engañar a James Trevor, es una invencion de Su Señoría?

—¿Creeis? comenzó Frank.

—Aun creo mas que eso, esclamó Estevan. Una duda que habia rechazado en otro tiempo viene a ser ahora para mí una certidumbre.... ¿Reconoceriais a ese fraile a quien llamaba Su Honor el *Doctor* en los subterráneos de Crewe?

—No sé.... ¿por qué me lo preguntais?

—Mi imaginacion adelantaba mucho, murmuró Estevan en vez de responder, y no puedo creer, a pesar de todo, que el doctor Moore.... uno de nuestros primeros prácticos.... vaya a beber y danzar entre bandidos bajo las ruinas de Santa María.... Pero la tentativa de asesi-

nato no queda ménos averiguada.... ¿Y por qué habria querido asesinaros el doctor Moore, Frank? añadió el médico dirigiéndose súbitamente a Perceval.

—Me habeis hablado de eso, Estevan; pero el marques de Rio Santo que acaba de salvarme la vida....

—¡Oh! todo grande actor, interrumpió Mac-Nab, tiene rasgos delicados en su modo de representar.... El marques es un grande actor, a lo que pienso.... y siempre es un enemigo terrible, porque toda arma es buena para él.

—Nosotros solo podemos oponerle nuestro ódio y nuestras sospechas, dijo Frank.

—¡Mucho ódio y terribles sospechas, Perceval.... Dadme vuestra mano.... Teneis buen pulso!.... ¡Esta noche misma estaréis en estado de comenzar la batalla....

—¡Esplicaos, Estevan!

—Voy a llamar a Jack....Son las siete media....y a las ocho estarémos en Regent Street.

Jack apareció en la puerta.

—Vestid a vuestro amo, le dijo Estevan.

Fr nk, admirado, se dejó vestir; no padecia ya de su herida mas que una estrema debilidad.

Cuando el anciano criado le hubo puesto el fraque, dijo Estevan:

—Preparadnos un coche.

—¿Me diréis cual es vuestro proyecto, Mac-Nab? preguntó Frank.

—Amigo mio, dijo con firme tranqnilidad, vamos a empeñar la lucha, y vos debeis comenzarla....A mi vez entraré yo....Es preciso que hableis en particular con miss Maria Trevor.

—Yo lo querria.... yo lo querria al precio de mi sangre, Estevan; pero....

—Escuchadme.... esa conversacion será la primera estocada que reciba el enemigo comun.... yo no tengo un medio seguro de conseguirlo; pero Lady Ofelia es zelosa, y en seguida nos vamos a su casa.